

EL BIEN DE LA MUERTE

Normalmente entendemos que la muerte es un mal. Sin embargo, desde la fe cristiana no podemos decir lo mismo. Incluso podemos afirmar que es un bien deseable. El escritor y novelista francés **René Basin** escribió estas palabras: *“No tengáis miedo a la muerte, porque sólo es un paso por un desfiladero angosto, oscuro, pero que se abre sobre la llanura de la vida”*. ¿Quién no deseará descansar en la paz y la luz de la vida?

Sobre este mismo tema, del tratado de **san Ambrosio**, obispo de Milán, sobre el bien de la muerte (Caps. 3, 9), recuerdo esta enseñanza:

1 – En toda ocasión, llevemos en el cuerpo la muerte de Jesús

“Dice el Apóstol: El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Existe, pues, en esta vida una muerte que es buena; por ello se nos exhorta a que en toda ocasión y por todas partes, llevemos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”.

2 – La muerte es la puerta de la vida

“Que la muerte vaya, pues, actuando en nosotros, para que también se manifieste en nosotros la vida, es decir, para que obtengamos aquella vida buena que sigue a la muerte, vida dichosa después de la victoria, vida feliz, terminado el combate, vida en la que la ley de la carne no se opone ya a la ley del espíritu, vida, finalmente, en la que ya no es necesario luchar contra el cuerpo mortal, porque el mismo cuerpo mortal ha alcanzado ya la victoria”.

3 – Es posible y razonable apetecer la muerte

“Yo mismo no sabría decir si la grandeza de esta muerte es mayor incluso que la misma vida. Pues me hace dudar la autoridad del Apóstol que afirma: Así, la muerte está actuando en nosotros, y la vida en vosotros. En efecto, ¡cuántos pueblos no fueron engendrados a la vida por la muerte de uno solo! Por ello, enseña el Apóstol que los que viven en esta vida deben apetecer que la muerte feliz de Cristo brille en sus propios cuerpos y deshaga nuestra condición física para que nuestro hombre interior se renueve y, si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenga lugar la edificación de una casa eterna en el cielo”.

4 – El Señor quiso morir y penetrar en el reino de la muerte

“Imita, pues, la muerte del Señor quien se aparta de la vida según la carne y aleja de sí aquellas injusticias de las que el Señor dice por Isaías: Abre las prisiones injustas, haz saltar los cerrojos de los cepos, deja libres a los oprimidos, rompe todos los cepos. El Señor, pues, quiso morir y penetrar en el reino de la muerte para destruir con ello toda culpa; pero, a fin de que la naturaleza humana no acabara nuevamente en la muerte, se nos dio la resurrección de los muertos: así por la muerte, fue destruida la culpa y, por la resurrección, la naturaleza humana recobró la inmortalidad”.

5 – Es necesaria la preparación para la muerte

“La muerte de Cristo es, pues, como la transformación del universo. Es necesario, por tanto, que también tú te vayas transformando sin cesar: debes pasar de la corrupción a la incorrupción, de la muerte a la vida, de la mortalidad a la inmortalidad, de la turbación a la paz. No te perturbe, pues, el oír el nombre de muerte, antes bien, deléitate en los dones que te aporta este tránsito feliz. ¿Qué significa en realidad para ti la muerte sino la sepultura de los vicios y la resurrección de las virtudes? Por eso, dice la Escritura: Que mi muerte sea la de los justos, sea yo sepultado como ellos, para que desaparezcan mis culpas y sea revestido de la santidad de los justos, de aquellos que llevan en su cuerpo y en su alma la muerte de Cristo”.